

TESTIMONIOS

El "loco" Luco

Al cumplir medio siglo haciendo clases, Premio Nacional de Ciencias persiste en su vicio más temido: el humor

POR PABLO AZÓCAR

Le resulta casi imposible permanecer mucho rato sin disparar una humorada, y estalla, y se autocelebra: "¡Ja, ja, ja, qué brutal mi chiste!", brama.

Y sus risotadas parecen resonar en kilómetros a la redonda, sin inhibiciones ni miramientos de ninguna especie. Se ríe de todo. O casi. Cuando comienza a hablar, parece que le dieran cuerda, como a una locomotora (en rigor: "lucomotora"). O si advirtiera: "¡Luuuuuuuuu al ataque!".

La vida del fisiólogo e investigador Joaquín Luco (58, casado, cuatro hijos), Premio Nacional de Ciencias 1975, ha sido —y es— un *show* perpetuo. Como cuando, en un reciente viaje al sur en tren —otra vez la "lucomotora"—, se fue descargando maletas durante todo el camino. "Me entretuve, ayudé a la gente y más encima me dieron unas monedas: ¡No entiendo por qué mis hijos se esconden cuando hago estas cosas!", dice. O como cuando va de compras a La Vega: llega cantando, con su peculiar vozarrón y con la mano estirada, y pide: "Plata pa' la música".

—¡Hay que verlo! —invita su hijo.

Con decenas de trabajos publicados en prominentes revistas científicas del mundo, está próximo a cumplir 50 años haciendo clases en la U.C. (en Medicina es el más antiguo): "El primero de marzo de 1931 me inicié como ayudante", cuenta. Pero dice que le "cargaría" un homenaje o cosa parecida. "¡Son una lata! A uno le dan de comer y le obligan a hablar sandeces... Tampoco en mi sepelio quiero discursos. ¡Tonserías! Quiero que me quemen y punto, sin boche. Porque si me entierran, se me meterían las baratas y cucarachas, y aprovecharían de vengarse por todas las que he matado para mis experimentos".

Síntoma de estupidez

Recibió a HOY en su casa de la calle Maitenes, una singular morada que es inmanente a su dueño. Con sus arbustos boscosos que ocultan la campana del umbral, con sus toscas vigas de madera labrada, con sus aderezos remotos, con su aspecto mezcla de museo y anticuario,

es su orgullo indisimulado: "Yo fui su arquitecto", dice, disfrutando como un niño al exhibir sus ataviados compartimientos. Durante la entrevista, gestaculó de mil formas, parodió cáusticamente a varios de sus aludidos, hizo mímica, recitó poemas de Zorrilla y de Neruda, imitó la voz quebradiza del vate chileno, fumó y masticó con insistencia su inveterada pipa, interrumpió reiteradamente con sus irreverentes y exorbitantes "salidas", y se detuvo varias veces a contar chistes de Don Oso, los que celebró con ruidosa hilaridad.

Aunque dice que "por desgracia, no he podido acordarme de cuando nací", cuenta que lo "parieron" en una noche de lana. "Como había tenido sólo cuatro mujeres antes, mi padre abrió contentísimo una champaña apenas me vio la cosita".

—Cuando niño yo era muy tímido —evoca—. Era el menor del curso y el más pequeño. Todos me pegaban, lo cual era considerado un síntoma de estupidez. Un día convencí a mi padre de que me comprara un *pushing-ball*. Y pasó algo sorprendente: se supo esto en el colegio y pasé a una categoría enormemente distinta, respetado, casi líder de curso. Es una de esas cosas absurdas de los niños: el que pega es el que domina... Bueno,

eso hoy lo estamos viendo a cada rato. Para algunos, la fuerza se ha convertido en inteligencia...

Se acabó la sesión

El niño "Joaco" creció y pasó a ser el "Daddie" —como lo apodan sus hijos hasta hoy—, pero siguió tan insufrible como siempre. Y peor. Cuando sus hijos eran niños, los llevaba a veces al centro, y, a la vuelta, invariablemente, protestaban: "¡Por qué te portas tan mal, Daddie?".

—En una ocasión —cuenta Luco—, en la U. Austral me invitaron a un seminario, con asistencia de connotados académicos, donde se trataba la diferencia generacional padre-hijo. Cuando me tocó intervenir, les conté (y es cierto) que mi hijo había renunciado a un viaje a Europa conmigo... porque yo me portaba muy mal. Les destruí todas las tesis. Ahí se acabó la sesión.

Han sido tantas y tantas las barrabasadas, que sus hijos ya le han tomado miedo. Una vez, cuando uno de ellos llegó de un largo viaje, él comenzó a pegarle apenas bajó del avión, llegando a alarmar a algunos de los ingenuos espectadores casuales. "¿Por qué me pegas, Daddie?", preguntó el hijo. "Es que hacía

Joaquín Luco: con el chiste a flor de labios



HOY, 25 DE FEBRERO AL 3 DE MARZO DE 1981

No 188. Slpo.

AUTORÍA

Azócar, Pablo, 1959-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El "loco" Luco [artículo] Pablo Azócar. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile